



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



agenda cultural
Alma Mater

Diciembre 2023

Individuo #4

Escultura en alambre, pas-
empaques de alimentos,
dientes, pitillos, bollos de
tapas, entre otros.

La verdad de todos



Ana María Velásquez. *TRECE / Lecciones de vuelo en tierra*. MUUA. 2023.
Registros fotográficos: Catalina Toro (portada), Paulina Henao (páginas 1, 6, 12, 15, 16 y 22), Camila Mora (páginas 2, 19, 24, 29, 30) y del archivo de Ana María Velásquez (páginas 3, 4, 5, 9, 17).

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 315 • Diciembre 2023

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Aníbal Gaviria Correa, Gobernador

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrector de Extensión: David Hernández García

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director),

Doris Elena Aguirre Grisales (Editora), Simón Puerta Domínguez,

Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionesextensioncultural@udea.edu.co

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

1 Editorial

La verdad de todos

Luis Fernando Macías

3 TRECE / Lecciones de vuelo en tierra: una exposición de "arte en proceso" de Ana María Velásquez

Oscar Roldán-Alzate

5 Insólita realidad

Diana Patricia Díaz Hernández

7 La despachadora

Cruzana Echeverri

12 El visitante

Santiago Peluffo Soneyra

17 Letras asesinas

Walter Alonso López Ardila -WALA-

18 La camisa amarilla

Diana María González G.

22 Exilio

Mauricio Gómez Acevedo

24 Lacerado

Sandra Milena Marulanda Bohórquez

25 Sucesos alrededor de mi muerte

Paula Andrea Lopera Mesa

27 Programación cultural

La verdad de todos



1

Habitualmente pensamos que la formación en la creación literaria consiste en el aprendizaje de las formas correctas de la lengua. En consecuencia, nos dedicamos al estudio de las normas gramaticales, ortográficas o de uso de los signos de puntuación; pero el prolongado ejercicio de los trabajos en el taller nos muestra que este tipo de aprendizaje poco ayuda a la verdadera creación, puesto que en la literatura son más importantes la creatividad, la originalidad y la sensibilidad.

La creación literaria es el producto de la emanación del ser de lo inconsciente a la conciencia; como dirían los antiguos sabios de la India, de la oscuridad a la luz. El crisol de esta alquimia es el lenguaje y lo emanado, el sentido de la existencia. Significa esto que el valor del texto literario se debe medir en función de la verdad colectiva manifiesta a través del individuo o de

la experiencia individual. Escritor es quien capta el significado de lo universal en el latido de su intuición particular, quien revela la verdad de todos.

La formación de un escritor consiste entonces en el fortalecimiento de las facultades del espíritu: intuición, imaginación, sensibilidad, memoria y capacidad de raciocinio en el orden de lo verdadero. La experiencia del taller nos ha enseñado que la confianza en sí mismo, es decir, en las propias facultades, es lo único que potencializa la fluidez de la emanación creativa. Quien recibe confianza y afecto aprende a confiar en sí mismo.

A continuación, como celebración de esta Navidad, ofrecemos una pequeña muestra de los trabajos del taller de creación literaria de la Universidad de Antioquia.

Luis Fernando Macías



T R E C E / Lecciones de vuelo en tierra: **una exposición de “arte en proceso”** **de Ana María Velásquez**

La mimesis, un concepto arraigado en la filosofía y en el arte griego, sigue siendo un desafío inspirador en el mundo contemporáneo. Su esencia radica en la habilidad de replicar la realidad a través de estrategias que no solo representan la vida, sino que también provocan reflexiones audaces que nos confrontan con la incertidumbre de lo que debería o no ser. La mimesis es una búsqueda constante por plasmar lo tangible en lo intangible, lo efímero en lo eterno.

En la contemporaneidad, el arte sigue siendo un medio poderoso para reflejar la realidad y sus múltiples facetas y la artista Ana María Velásquez ha llevado esta poderosa manera de hacer a nuevas alturas con la exposición *T R E C E / Lecciones de vuelo en tierra*. Hasta el momento, la artista había creado una serie de doce gallinazos o buitres negros con materiales de desecho de la vida cotidiana que replican estos especímenes con tal perfección que desafían los límites entre el artificio y naturaleza.

En esta ocasión, y ocupando el espacio de la colección de Ciencias Naturales de nuestro Museo Universitario, se ha lanzado nuevamente al vacío del arte para crear el espécimen número trece, el mismo que le da nombre a este espacio de reflexión en acción y que, a su vez, es tributo a su amigo y compañero de viaje Daniel Vélez, quien ocupa el decimotercer puesto en el ranking mundial de vuelo en Ala Delta, un deporte que encarna la esencia del vuelo y la libertad.



En la exposición *T R E C E*, Ana María se sumerge en la exploración de la vida y del arte a través de la creación de estos gallinazos. Cada una de las doce esculturas anteriores se desarrolla desde su interior hasta su exterior, siguiendo un proceso meticuloso y minucioso en el que moldea la estructura ósea de estas aves con alambre, papel y plástico reciclado, dando lugar a un esqueleto realista que se asemeja sorprendente-

mente a la anatomía de los buitres negros. El proceso continúa con la construcción de un tejido muscular para la que utiliza envases de alimentos reciclados y en la que no escatima en detalles; cada músculo, cada pliegue, es una manifestación de su profundo compromiso con la perfección y su afán por entender el porqué de las cosas. A medida que los gallinazos cobran vida en su taller, su parecido con los buitres negros se vuelve aun más impresionante.

El último paso en esta increíble odisea artística es la aplicación de plumas de plástico. El ojo entrenado apenas puede distinguir entre las plumas naturales y las plumas de plástico, lo que crea un efecto trampantojo. La meticulosidad y el compromiso de Ana María Velásquez con la mimesis son evidentes en cada detalle, en cada textura, en cada matiz. Los espectadores quedan asombrados por la capacidad de la artista para imitar la belleza y la complejidad de la naturaleza.

Esta exposición es un viaje a través de los estados mentales y emocionales que Ana María ha experimentado durante la creación de estas obras de arte. El título de la exposición alude al número de gallinazos y, al mismo tiempo, simboliza el proceso de construcción de una obra de arte. Así, *T R E C E* se convierte en el individuo en construcción, en un camino que se asemeja al vuelo. La analogía entre el vuelo y la creación artística se hace evidente a lo largo de la exposición. Volar es un acto de libertad y creatividad, una metáfora de la capacidad humana para superar los límites de la gravedad y alcanzar alturas impensables. Aquí, la artista demuestra que el arte es una forma de vuelo del espíritu humano, una manifestación de la creatividad que



nos permite elevarnos por encima de las limitaciones de la vida cotidiana.

En conclusión, *T R E C E / Lecciones de vuelo en tierra* es una celebración de la naturaleza y su poder creador, un tributo a la belleza y la complejidad de la naturaleza, así como a la influencia transformadora de las pasiones personales. Ana María nos invita a mirar más allá de lo evidente y a experimentar la sensación de vuelo en tierra firme, capacidad que tenemos los humanos de ir a donde queramos y cuando queramos, sin desplazarnos, incluso de visitar, porque no, a la muerte misma.

Oscar Roldán-Alzate
 Director MUUA
 Jefe División de Cultura y Patrimonio
 Universidad de Antioquia

Insólita realidad

Diana Patricia Díaz Hernández



5

Esta jauría de gallinazos no se aparta de mi niño. Lo enterré bien abrigadito a la sombra del guayabo, pero hasta allá llegaron esos chulos infelices. ¡Están haciendo un festín con su cuerpito! Veinte días hace ya que me tomé el brebaje que me dio misiá Dolores, y ella sí que es buena para eso, conoce todos los secretos sobre los males de mujeres. Tres noches de horribles pesadillas. ¡Mi niño! ¡ese pobre angelito!, yo no quería hacerle eso, pero no encontré otra salida. Ya es suficiente con doce bocas aguantando hambre, para traer otro más a sufrir en este mundo de pobreza. Luego vinieron los sangrados; más me demoraba en ponerme un trapo viejo entre las piernas que en tener que cambiarlo nuevamente. ¡Pobre mi Ermelinda!, tan pequeña y ya enfrentada a los

quehaceres de la casa, cuidando con tanto esmero a esa sarta de hermanitos que no paran de llorar. Sé que ella sufre sin entender lo que me pasa. Debo asustar con esta piel tan pálida y esta flacura lastimera. Sólo sobresalen un par de tetas que parece que se estallan.

Estos malditos gallinazos fueron los responsables de avisar a los vecinos que por acá había algo maloliente. Desde la ventana los veo husmeando por el rancho, porque para chismes sí están listos. Así fue cuando me dejó el Antonio –se fue con la otra después de que me preñó cuantas veces quiso, y es que esa está más tierna y alentada–, a veces solos o en corrillo llegaban a mi casa; según ellos, para darme ánimos, o traerme

un cuarto de panela y unos panes para dar de comer a mis chiquillos, pero lo que realmente les interesaba eran los detalles sobre la partida del Antonio. Pronto se olvidaron de que mis niños tienen hambre y que el pago por mi trabajo no alcanza para tantos.

Estos perversos gallinazos parecen una nube negra, segurito fueron los culpables de que el matasanos del pueblo se apareciera con la disculpita de mirar mi estado de salud. ¡Me cree tonta! ¡Cuántas veces le lloré para que viniera a ver a mi Carlitos en los días en que casi muere de la peste!, pero le importaba más su mula fina: dizque se le podía torcer una pata en los lodazales de Morro-gordo. ¡No, pues, tan fino que nos salió el corcel! Y ahora resulta que se digna subir por estos lares. Segurito, el alcalde le dio la orden. Ya le debieron haber llegado con el cuento de unos gallinazos rondando por el rancho.

Primero, fueron las preguntas, todas con su picantico. ¡Yo ya lo sabía!, lo que buscaba era que le confesara mi pecado. Después, pidió a mis hijos que salieran a jugar un rato; un pretexto para quedarnos solos. Me hizo acostar en la tarima, de su maletín sacó un montón de cosas raras, me miró los ojos, me hizo sacar la lengua, me exprimió las tetas, me aplastó la tripa, no quedó un solo lugar de mi humanidad sin poner en ellos sus negros y profundos ojos. Al final, no pude soportar más sus preguntas, rompí en llanto y le revelé el secreto: hacía diez días había parido un niño, pero el pobrecito nació muerto.

Con el poco aliento que me quedaba, lo acompañé al guayabo. Su ayudante removió la tierra. ¡Mi pobre angelito sólo era una pila de huesos! Los midieron, juntaron los de la cabeza, contaron las costillas, lentamente fueron armando el esqueletito. Al



caer la tarde, no valieron gritos, llantos y súplicas, partieron de regreso al pueblo con mi niño metido en un costal.

Estos asquerosos gallinazos se multiplican por montones y ya trajeron al mayor de todos, ¡ese cura párroco! Por acá se apareció esta semana diciendo que la caridad divina venía hacia nosotros. ¿Cuál caridad? Ese cura es una arpía, con el sermoncito de dar la limosna para las obras de Dios nos quita lo poco que ganamos. En compañía de la maestra de la escuela se llevaron a mis hijos, fueron arrancados de mis brazos, asegurando que los iban a cuidar mientras yo me recuperaba de ese parto malogrado.

Estos inmundos gallinazos me van a enloquecer con su revoloteo. Ya no respetan ni siquiera el rancho, entran por montones y me destrozan con sus afilados picos.

Diana Patricia Díaz Hernández es médica de profesión, profesora por vocación y apasionada de la historia como diversión. Docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

La despachadora

Cruzana Echeverri

*De nuevo
Llegaron anoche los muertos.
Quise levantarme para recibirlos.
¡Yo era uno de ellos!*

Manuel Mejía Vallejo

Cómo quisiera que estuvieras acá, para que me ayudaras a ver pequeña esta soledad. Soledad que sale por las ventanas, abre lentamente un ala de la puerta de la calle, simula que alguien llama, se asoma al solar para que algún pájaro asuste su mirada, arrastra las pantuflas de la cama al baño, y me lleva a estas notas para buscarte también en mis recuerdos, en mis palabras. ¡Ay, Tudes! cómo se nos va la vida y con ella la imprudencia de perder tu amistad, que recojo en estas notas, en tu capacidad de escucha, y yo, como siempre, desahogándome contigo.

Te recorro en los distintos momentos de mi vida y de tu querida vida como vecina y amiga de años, nuestra confidente, mía y de mis hermanas, nuestro apoyo moral y material. Cómo nos diste tu oído, tu voz y tu comida para hacer menos dolorosas nuestras pérdidas del alma y nuestra escasez de enseres y nuestro agonizante poder adquisitivo, que se acentuaba con cada uno de nuestros muertos.

Te escribo, en parte, para desahogarme a través del recuerdo sobre mis secretos; algunos, que son los más, ya sabidos por ti. Escribir ayuda a limpiar mi alma dolida y mis nuevos momentos sin tu oído, sin tu

mano amiga, siempre presta a mitigar mis lágrimas. Tudes, tú, mejor que nadie, sabes sobre mi infinito deseo de casarme. La vida con otros es ya un bálsamo. Los viajes que me proporcionó mi hermano a Perú, a México, a España, los gocé, los disfruté... con cada uno de ellos venían vestidos, zapatos, perfumes, todo llegaba nuevo, hasta la gente, sus historias y los sueños. Hoy todo parece estar escarchado en mi memoria, en estas notas, en mi voz de despedidas.

La muerte muy pocas veces avisa el rapto de la vida, pero exige a los vivos cantar el viaje. Despedir el alma del muerto para que no se quede penando, es mi tarea. Yo no sé arreglar cadáveres, pero sí rezarlos. Yo rezo a los difuntos, no los canto. Desde muy joven aprendí las oraciones necesarias para iniciar un velorio y las novenas para despachar los muertos. Es una devoción que me acompañó toda la vida. Siempre asistí a los fallecidos y sus parientes y estuve en las casas donde mi presencia era requerida. Mi familia sirvió al pueblo con dedicación y esmero.

Yo me pegué a la falda de mi mamá, y con ella aprendí a rezar a los muertos, a despachar a las personas para la vida eterna. La muerte es sanadora y las rogativas sirven para abrir el camino, para ayudar a las almas a despedirse de los vivos, para que no se queden como ánimas solas deambulando por los senderos de la noche, como una luz en pena, para “que tengan el descanso eterno, y brille para ellos la luz perpetua”. Yo no limpio ni visto muertos, yo los ayu-

do con unas plegarias. La novena son los días de rogativas, el camino de despedida en el duelo que hacen las familias. Llorar es como una letanía que limpia el alma y el cuerpo. Hay unos muertos que no son de una, pero una los llora como propios. Hay que librar a las almas de las tinieblas, así como de las llamas del purgatorio. Una oración ayuda a los muertos, y aun a los vivos, tanto como una medicina.

Tudes, tú sabes que Teresa cose para la casa y para la gente. Con su taller de costura hace uniformes para los niños de la escuela, mortajas para los muertos y hasta ropas para el luto. Con su máquina de coser, que le ayudaste a comprar, se acomodó en la segunda de las habitaciones en galería. Del gran escaparate de comino crespo son dueños los ganchos con ropa para entregar; las paredes toman la forma de entrepaños con telas y conos de hilos, y sobre la cama no faltan los retazos y costuras. También la cómoda se llena con figurines, agujas y tijeras. Teresa ayuda a ingresar dinero para la familia; con sus horas de trabajo hilvana su vida y, en la noche, rendida, se dobla entre sus trapos y su máquina.

Tudes, hago estos pedazos de historia, llevando esta casa como una tumba en vida. Aquí vivimos seis hermanos, y los que se fueron volvieron para morir en ella. Yo no pensé que me tocara rezar a mi hermano Joaquín. El pobre descansó en paz. Sabes que toda la vida sufrió de eczema, que se mantenía con la cara roja, con escamas en los brazos y en la espalda y por eso se vestía con sombreros y sacones. Casi no se dejaba ver de nadie, incluidas nosotras sus hermanas. Él traía todos los días las vacas y terneros, las ordeñaba, sacaba las postreras, hacía el queso y volvía a llevarlas al potrero, cerca del pueblo. Limpiaba la pesebrera.

Su vida fue alrededor de las vacas y de la leche. No sé si se enamoró. Tuvo una vida de humo, como nosotras. Nadie nos recordará, salvo, tal vez tú, a través de estos despojos de vida. Joaquín se fue de escasos cincuenta años. Se fue muriendo en silencio, sin decir qué le dolía. Se consumió en su propia carne, en sus propios huesos, en su propia piel de escamas. Murió escondido hasta de él mismo. No nos dimos cuenta de que se estaba muriendo. Descansó de una vez por todas, de su eczema y su soledad, huido de nosotros sus hermanos, murió junto a sus vacas. Una tarde se quedó dormido sobre el verde pasto, cobijado por un sol enerve.

Tudes, ¿te acuerdas del ruido que causó en el pueblo lo de Elisa, quien nació muda, pero habló de susto? Vivíamos en el campo, éramos niñas, estábamos cogiendo moras entre la cerca del monte y el potrero recién abierto; empezamos a escuchar un gruñido que se acercaba y sonaba cada vez más fuerte y, de pronto, salió de allá un gigante que bramaba como un toro, venía vestido con un hábito en tela de cabuya cruda. Todas corrimos a refugiarnos en la casa, mientras él corría detrás de nosotras... Es muy triste que los niños se rieran de su tartamudez y la llamaran "Tataratata" porque todo lo hablaba con la T. También se fue apagando su vida. Su tartamudez se fue con ella. Ordenó la cocina; era ya tarde, se retiró a su cuarto para hacer una siesta y se quedó dormida. Estuvimos solas Malena, Teresa y yo, fue una novena de nosotras. Chepe no era hombre de rezar; él decía que los rosarios, rezos y el cielo, son asuntos de mujeres, pero consiguió quién llevara el féretro a la iglesia y luego al cementerio.

Tudes, yo despedí a todos mis hermanos y también a mis vecinos cabezas de familia. Dicen que no espero nada de nadie, que



a la única que espero es a la muerte, pero ella nada que viene por mí. ¿Será porque la acompaño en todo repicar de difuntos, que ella viene por otros, y me espera que les rece sus jaculatorias con fe? Yo creo que le gusta mi voz y mis ritos de despedida. “Hola”, le he dicho en noches de soledad y de frío, pero no viene por mí y sigue de largo, y se mete en los cuartos de mis hermanos... así fue al principio, y después se fue fijando en las casas de los vecinos. Se llevó a Matilde Calle, a las Arcila, a José Echeverri, a Pedro Pablo Osorio, a Betsabé Ochoa, a Eva Salazar; en fin, fue recogiendo como en cosecha de café a toda la gente, y me dejó huérfana hasta de vecinos. Se los llevó uno tras otro, en un afán sin nombre y sin pena. En la casa de las “españolas” sólo pude rezar durante el velorio; no hicieron novenas, pusieron música de iglesia. Tal vez se escucharía mejor en el cielo.

La muerte iba cogiendo a unos en su oficio, a otros en la cama, en la calle, en el campo; así se los fue llevando. A mí me ha puesto en espera. Tal vez como yo camino por mi casa y por todo el pueblo, entregando jacu-

latorias y letanías para los muertos, la parca no me ha encontrado. La muerte me puede alcanzar rezando. Yo digo que voy detrás de ella, y ella me juega a esconderse.

Le pregunto a la gente: “¿por quién doblan las campanas?”. Voy adonde me dicen, ya sea pobre, rico, calle arriba, calle abajo, voy al velorio, acompaño el entierro, asisto a las novenas, y, sin embargo, la muerte no me sale ni en el camino de los muertos.

La muerte es terapeuta; con ella el dolor se va por las carnes sufridas, por las vidas padecidas, por las tormentas de amor, por los odios escondidos; ella sana y borra heridas en lamentos y llantos y sobre muertos y ataúdes. Es sanadora en largas agonías, en lúgubres situaciones, en solitarias vidas. También es dolorosa cuando deja huérfanos y fortunas acosadas en rencores de familia...

Yo me acuesto en el silencio y la oscuridad de la noche y siento el placer de estar muerta. Una paz de eternidad me llega a todo el cuerpo, siento la delicia de no ser más la carne y los huesos que soy, la piel que me

cubre, y cargo un aliento, un aire, un respirar quedo, silencioso, lento... Disfruto el vaho de la muerte. Yo no le tengo miedo a la muerte, sino a una larga agonía. Yo llevo una vida de recogimiento al servicio de las almas. Rezo con sentimiento y devoción para ayudar a las ánimas en el momento del juicio, en el tránsito hacia el más allá. "Líbralos Señor del purgatorio", "Dales Señor el descanso eterno y que brille para ellos la luz perpetua". ¡Qué más quiere uno que el descanso eterno! Hay personas que viven como ánimas en pena y uno cree entonces que el infierno está en la tierra y lo purgamos aquí.

Yo llamo a la muerte, que venga por mí, que ya es mi hora, pero ella debe andar muy ocupada, buscando otras gentes, dándoles citas a otras personas. "Este hombre clamó, y lo oyó Jehová, / y lo libró de todas sus angustias", así reza el salmo 34: 6. Entiende uno cómo la muerte alivia por fin los males de la vida.

Hola, Tudes, han pasado varios días, y vuelvo sobre este cuaderno. Hace algunas semanas enterramos a Teresa. Fue muy triste. Agachó su cabeza sobre la máquina Singer, se quedó sentada en su silla y no despertó más. Después de la novena, las vecinas vinieron a reclamar costuras y telas, se cargaron hasta los hilos y las tijeras. ¡Qué dolor!, yo que acompañé tantos velorios y novenas, y Teresa cosió para mil apuros de la gente y, mira, sólo estuvimos Malena, las vecinas Restrepo y yo en su velorio. La parroquia envió a cuatro señores de oficio para cargar el féretro. El pueblo andaba de carnaval y nosotras de tristeza. Mientras bajábamos con el ataúd, subía una cuadrilla de locos caballistas, bebidos, gritando y celebrando su parranda de charros, su música de cantina. Ninguno tuvo la decencia de re-

coger al grupo de borrachos y hacerlos esperar, para que pasara la muerte vestida de urna y pesadumbre. Sobre la acera, como espectador desamparado, estuvo el féretro viendo cruzar el tropel del dinero nuevo.

Durante el velorio de mi hermano Chepe, en voz baja se corría la voz de "que en costales entraba por la puerta de la pesebrera mujeres de vida fácil". Escuché lo mismo durante la novena; hacían los comentarios acompañados de risas y algunos, tan imprudentes, hasta preguntaban por el cuarto de mi hermano y decían: "con razón, qué se iban a enterar ustedes de las cosas que ahí pasaban, un cuarto con entrada por la pesebrera y distante de todos...".

Esto de cargar mujeres no lo imaginábamos; él traía sus costales de zapatos y se quedaba hasta tarde organizando por pares y contando cajas. Salía en la mañana, temprano, a llevar su costal antes de abrir el negocio. Le llevábamos el desayuno al almacén. Así es la vida y también la muerte. Yo rezo por él; fue tan buen hijo y hermano, que lo puedo sacar del purgatorio con rogativas y rosarios. Se murió de un infarto mientras hacía una siesta acostado en un petate en la trastienda del almacén; lo vino a contar una joven que lo encontró.

Asistí a la novena del médico Suárez, quien se suicidó. Es que uno también se puede cansar de vivir; hay gente que se aburre y se va. Yo no le niego oraciones a nadie; todos necesitan su despedida y luz para el camino del alma que vive en pena y, de tristeza o de preocupación o desesperación, se va. Todos necesitan una plegaria. El dueño de los juicios es el Padre Eterno.

Tudes, hoy vuelvo sobre mi recuerdo más triste de infancia. Éramos niñas, vivíamos

en el campo. Malena y yo fuimos brutalmente esculcadas por aquel hombre, vecino de nuestra finca, un señorón del pueblo que nos cargó para ayudarnos a pasar un riachuelo crecido. Metió sus dedos dentro de nosotras, por debajo, por el medio, por detrás y nos apretó junto a su cuerpo, yo gritaba ¡no!, ¡no!, y desde el otro lado del caño le hice señas a mi hermana, para que no se dejara pasar, pero ella no entendió nada. Lloramos desamparadas. Mi madre nos castigó y luego dijo que teníamos que guardar este silencio, porque eso nos desgraciaba para toda la vida. Si se sabía, nadie nos iba a querer nunca. Esa pena es una muerte en vida. Por eso digo somos humo, una nube de humo que pasa. Que se ve por un tiempo y nadie vuelve sobre ella. Se la lleva el viento. Desaparece en el aire, se esfuma. Con los años me desahugué contigo y tú me diste un abrazo que no se me va del alma; me ayudaste a descargar este baúl de culpa, de dolor, de miedo, de fatiga...

Malena enviudó. Regresó a nuestra casa con su pensión de maestra. Llegó para acompañar la vida que se apagaba entre los cuartos, la cocina, el patio y las ventanas de madera, por donde se asomaban las alumnas que habían aprendido de ella las primeras letras, las primeras rondas, las canciones que cantan los patios de la escuela. Tuvo una agonía lenta, urgida de asistencia, molida, hambrienta, inmerecida. ¡Que en paz descanse mi hermana, maestra de infancias, de abecedarios y de historias!

Tudes, de todos mis encantamientos realmente me enamoré dos veces hasta querer morir. Bernardo fue un pretendiente medianamente constante. Creo que la quinta vez fue la última visita; es que desde Cartago a este pueblo siempre hay camino. ¿Se cansó del viaje? ¿de mis miedos? Sobre Manuel,

mi Manolo, a quienes ustedes mis vecinas llamaban Manolete, ¿te acuerdas de su porte de torero? Tenía dinero y muy buen trato, era galante, regalador, sociable. Durante casi dos años viajó desde Betania a hacerme la visita, muy cumplido, cada ocho días y, de pronto, no volvió. Yo pensaba: ¿cómo le cuento mi culpa de niña? ¡mi secreto! ¡mi roto! ¡mi herida! Yo me morí de amor, todo se murió en mí. Algunas veces pienso que la muerte ya me hace muerta, y no viene por lo que queda de mí.

Tudes, estas letras son un grito en el silencio de la vida, en la soledad de la muerte. Te llamo y no respondes a mi golpe. ¿Será que también tú adelantaste el viaje? Me falta para ti la plegaria de mi agradecimiento por la amistad de vecinas que fuimos y perdimos algún día. Hoy voy por los corredores de esta casa, las alcobas en galería, la pesebrera... y de tanto ir y venir en este sordo silencio no sé si ya estoy muerta, y rezo mis oraciones de despedida por si me he quedado como fantasma, porque nadie despidió mi vida. "Aunque ande en el valle de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento". Me repito con frecuencia este pasaje del Salmo 23.

Desde el alma, Sofía.

Cruzana Echeverri Restrepo es Licenciada en Educación, Socióloga y doctora en Ciencias Pedagógicas. "Con nueve hermanos aprendí a escuchar un mundo familiar, voces que venían con espantos de ultratumba, por donde asomaban indios de agua, de oros y de tierras, tambores que pedían libertad de negros, criollos que sembraban la tierra y mujeres que hacían el presente para cosechar el futuro".

El visitante

Santiago Peluffo Soneyra



12

La vieja mesa de madera que hacía ruido cuando se apoyaban, el congelador lleno de hielo, pero donde siempre entraba, al menos, una cerveza de litro. Hasta la foto descolorida del portarretratos seguía en el mismo lugar: junto al *bowl* con las mandarinas.

Parecía ayer. Una tertulia entre amigos que empezaba a las nueve de la noche y terminaba con la última gota de alcohol o esa porción fría recalentada de madrugada. Como tres hermanos en una familia, cada uno cumplía su rol: Rulo oficiaba de anfitrión y siempre hacía los pedidos porque sabía los gustos de cada uno y tenía una colección de sellitos de descuento en su heladera para usar entre diferentes pizzerías del barrio; Juancito se encargaba de la bebida, dos litros por persona para combi-

nar entre cervezas y whisky, en ese orden: las cervezas para la picada y las pizzas, y el whisky, el postre “de machos”; y luego él, que como no sabía de whiskies ni tenía auto, le quedaba perfecto como excusa para encargarse de la picada: de camino a lo de Rulo compraba una bolsa de Doritos y otra más chica de maní sin sal.

Parecía ayer, pero habían pasado tres años desde el último encuentro. La despedida había sido una suerte de hasta luego. Nunca pensó que tardaría tres años en volver a Uruguay y muchas cosas habían cambiado desde que se había ido a Alemania.

—Bueno, bueno, no llores como puto, que igual nos vemos en unos meses para el casamiento de Dani.

Eso fue lo último que Rulo le dijo en el aeropuerto de Carrasco. Se había ido repentinamente a hacer un curso corto y prometió volver cuando terminara. Pero faltó a ese casamiento y a otros dos, además de perderse los cumpleaños de amigos y los nacimientos de hijos cercanos. No registró todo lo que se había perdido hasta que Rulo le dijo, tres años después, en el mismo *hall* del aeropuerto:

-Tantos años, amigo.

No le dijo *tanto tiempo*, como se dice en estos casos. Le dijo “años”. Entonces le tocaría empezar a explicar por qué se había quedado tanto tiempo en Europa.

-Tenés arrugas, canas... los euros no vienen solos, ¿no? -le dijo Juancito después de un fuerte abrazo y una palmada en la nuca.

-¿Los euros? -alcanzó a decir él, descolocado por el chiste.

-Dale, que seguro esa valija pesa cien kilos de los billetes que traés -siguió Juancito.

Salió del paso con un comentario gracioso, aunque sintió algo extraño: sintió que estaba jugando de visitante. Pero cuando tomaron el camino de La Rambla, sacó la cabeza por la ventanilla y apenas sintió la brisa del olor rancio del Río de la Plata, recuperó sensaciones. Miró para arriba, hizo un pantallazo aéreo y apuntó al sol. Se largó a reír.

-¿De qué te reís, boludo? -Rulo lo miró por el espejo retrovisor.

-De nada -respondió, todavía con una mueca en la boca.

-Este está raro, eh -acotó Juancito, codeando a Rulo desde el asiento del acompañante.

Enseguida advirtió que había sido un reflejo: en Alemania miraba constantemente para arriba buscando una grieta entre las nubes. Aun cuando el cielo era un colchón gris que el sol no podía penetrar, él siempre alzaba la nuca con ilusión.

Y ahora seguía mirando el cielo: nunca lo había visto tan celeste. Celeste con mayúscula, pensó.

Al cruzar el Parque Batlle, Rulo divisó el Estadio Centenario y empezó a gritar:

-¡Ohhhh, vamos la Celé, la Celé... vamos la Celé...! Bo, la Tribuna Olímpica va a explotar.

Esa repentina conexión de pensamientos le tocó fibras íntimas. Con Rulo se entendían apenas con la mirada y tres años después parecían seguir en sintonía: la selección uruguaya era una de las cosas que más lo unía a sus amigos de toda la vida.

-¿Cuándo es el partido? -preguntó.

-¿Cómo “el partido”? ¡Es la revancha contra Brasil! Este sábado. Nos los vamos a coger de parados a los brasileños putos -Juancito respondió con ademanes.

-Sí, esos negros van a comer lindo -Rulo apretó fuerte su pantalón a la altura del pene.

Él siguió mirando por la ventana. La última vez que había ido a la cancha, recordó, la hinchada del Borussia Dortmund había llevado banderas LGBT para mostrar su apoyo a la ley de matrimonio igualitario.

-Bo, ¿y cantan los alemanes o son medio maricas como los suizos y todos esos? -le preguntó Juancito.

-Sí, cantan, pero tranqui. Hay más respeto.

Lo dijo sin ironía, intentando evitar comparaciones, pero Juancito siguió:

-Respeto ¿cómo?, ¿no te mean, por ejemplo?

-¿Cómo te van a mear? Es Alemania...

-“Es Alemania”, dice él. No vas a defender ahora a los alemanes, bo, que son todos rubiecitos putitos.

Se le escapó una risa nerviosa.

-¿De qué te reís ahora? -Juancito lo miraba atentamente.

-De nada, bo -remarcó bien la b y pensó en que prácticamente había dejado de usar ese latiguillo tan uruguayo.

La conversación pasó del fútbol al mate y el asado, y él aprovechó el viaje para alimentar su nostalgia mirando por la ventana las olas rompiendo sobre la amplia costanera de Montevideo.

-Y... ¿vas a contar de una vez por qué tardaste tres años en volver? -le interrumpió sus pensamientos Rulo con la pregunta, que ya había hecho al pasar en el aeropuerto.

-Ya les dije: mucho trabajo, botijas -dijo con ironía.

-¡Qué mucho trabajo! Seguro te enganchaste con una mina y no te dejaba venir.

Él sólo repitió:

-Allá se trabaja en serio, no como acá.

-¿Qué te pasa, bo? Que el Rulo y yo nos rompemos el culo trabajando... -dijo Juancito.

-Bueno, no literalmente. Eso es para los maricones -aclaró enseguida Rulo.

-¿Y con ustedes dos qué pasa? -preguntó.

-¿Qué pasa cómo? -preguntó Juancito.

-Nada, nada...

Rulo puso una vieja cumbia y siguió manejando otros quince minutos hasta llegar a Pocitos, el barrio acomodado de la costa donde compartieron toda su vida adulta entre bares, calles de adoquines y ese departamento al que llamaban “la cueva”.

El nombre lo había puesto Juancito. A la vuelta del colegio donde cursaron la secundaria había un albergue transitorio que se llamaba “La Cueva 2”. Cada día veían entrar y salir parejas de la mano y pensaban en cuándo les tocaría a ellos. Rulo había dicho que después de cumplir los veinte tendría su propio departamento y no necesitaría de un motel. Entonces Juancito le preguntó:

-¿Vas a compartir la cueva?

Y así había quedado bautizado el departamento de Rulo.

-Cuántas minas pasaron por acá en estos tres años. Las que te perdiste... -le dijo Rulo al empujar la puerta de su casa con la valija de su amigo.

-Me imagino. ¿Alguna se quedó más de dos noches seguidas? -preguntó él, mien-



tras le quitaba el polvo al portarretratos con la foto de ellos tres en 2002.

–¡Qué decís! En la cueva no se repiten figuritas. ¿O ya te olvidaste de nuestras buenas épocas?

–Juancito sacó tres vasos del lavavajillas.

–Buenas épocas para nosotros... Si este siempre fue un lento –intervino Rulo.

–Tiene razón. ¡Lo que te costaba concretar! –agregó Juancito–. Te conocimos pocas mujeres. Estuviste mil años de novio con la Silvia y después...

–¡Una sequía para los récords del Guinness! Pero habrás recuperado terreno allá, ¿no? Contanos... –Rulo le revolvió el pelo.

–Ahí tá', ¿qué tal se juega en la Bundesliga? –bromeó Juancito.

Él oía todo, pero seguía buscando dentro de su valija los regalos que les había traído. Levantó la cabeza y les dijo con un guiño:

–En la Bundesliga soy del Borussia.

–Dale, pelotudo, decínos qué tal son las Claudia Schiffers.

–Rubias.

Rulo y Juancito se rieron, pero siguieron preguntando: que si las alemanas eran tan altas como se veía, que si todas tenían ojos celestes y que cuántas se había cogido en tres años. Él dejó los regalos para otro momento y aprovechó para ir al baño. “No pude mear en todo el vuelo”, dijo. Se miró al espejo y recordó lo que le había dicho su compañero de trabajo venezolano: *Ya verás que hay mucho más que un Atlántico de diferencia, chamo. Y sabes que no te hablo de geografía...*

Salió del baño y enseguida lo interceptó Juancito:

–Bo, ¿sabés qué te falta para empezar a cantar? –le dijo trabándole los brazos por detrás–. Un poco de alcohol. ¿O también vas a hacerte el puto con la cerveza? Si en Alemania la toman como el agua.



–¿Tienen Paulaner? –bromeó él, soltándose.

–Sí, Paulita vamos a tener más tarde... –contestó Rulo desde la cocina-. No, acá ya sabés qué se toma: la vieja y querida Pilsen. De litro y bien fría, como siempre.

–¡La Piiiiilsen! Hace cuánto no tomo una –dijo con entusiasmo y se sentó en el sillón.

–Ya te saco una –dijo Rulo con el destapador en la mano.

–¿Todavía entran las botellas en el congelador? –siguió bromeando.

–Mirá, gil –contestó Rulo abriendo la puerta del congelador-: hielo por todos lados, pero siempre un lugarcito para la Pilsen.

Sirvió los tres vasos con poca espuma y brindaron “por la amistad”. Ese sorbo largo le dio buenas sensaciones: si alguien sacaba una foto de ese momento, con las sonrisas y la espuma en su bigote y las conversaciones intrascendentes, la imagen podía ser la del portarretratos al lado del *bowl* de las mandarinas.

Así lo había imaginado al planear la visita. Los tres hermanos, unidos por una adolescencia en común, infinidad de anécdotas y códigos inquebrantables: una relación idílica que envidiaría cualquiera.

Pero, ya había caído en la cuenta, esta bienvenida sabía también a despedida.

Los miraba, a Rulo y a Juancito, y pensaba que seguirían tomando Pilsen, luego llegarían las pizzas y empanadas y más tarde el whisky. Repasarían anécdotas del colegio y algunas más recientes. Se reirían de todo hasta el último vaso de whisky, cuando Rulo diría que ya es hora de ir a la disco a engatusar mujeres.

Él los seguiría y bailarían animado, pero terminaría la noche desapareciendo sin avisar, vagando por las esquinas de Montevideo, ensimismado, inquieto por procesar demasiadas emociones juntas.

Al cabo de una hora de caminata sin rumbo, reflexionaría que en el fondo habían cambiado tantas cosas en tres años, que ni siquiera se animaría a contarle a sus mejores amigos la verdadera razón por la que se iba a terminar quedando en Alemania para siempre.

Santiago Peluffo Soneyra es periodista y escritor, también migrante errante con los dos pies firmes en Medellín. Fue reportero y corresponsal para distintos medios de América Latina y Europa. Coautor de dos antologías de cuentos y dos obras de teatro. Actualmente coordina talleres de periodismo comunitario y escritura en la Corporación cultural Mi Comuna, en Santa Cruz.

Letras asesinas

Walter Alonso López Ardila -WALA-



“Las letras saltaron del texto y como balas acribillaron los ojos cándidos del lector”, dijo en voz baja Sanisea el lunes a primera hora de la mañana, mientras contemplaba la forma esférica de una sandía cuyo diámetro era de unos diez centímetros y su peso de unos cinco kilos. A esa misma hora de la mañana del martes, en voz baja se le oyó a Sanisea decir: “Saltaron las letras del texto y como balas acribillaron los ojos cándidos del lector”, y lo dijo contemplando y acariciando la corteza lisa y de color verde oscuro de la sandía. El día miércoles, a esa misma hora, Sanisea dibujaba con sus dedos las bandas irregulares y pálidas de la sandía mientras decía: “Del texto saltaron las letras y como balas acribillaron los ojos cándidos del lector”. “Como balas del texto saltaron las letras y acribillaron los ojos cándidos del lector”, susurró Sanisea a esa misma hora el día jueves, mientras cortaba la sandía en porciones y observaba la humedad rojiza de la pulpa. Contando

las pepitas de color negro de la sandía, a la misma hora de siempre pero el día viernes, masculló Sanisea: “Como balas del texto saltaron y acribillaron las letras los ojos cándidos del lector”. Sanisea, con voz pálida en la mañana del sábado, sí, a la misma hora dijo: “Acribillaron las letras como balas del texto y saltaron los ojos cándidos del lector”, y al mismo tiempo saboreaba la pulpa rojiza de la sandía. A mordiscos, Sanisea degustaba la corteza verdosa de la sandía mientras se le oía decir a la hora de siempre, pero el día domingo: “Saltaron y acribillaron las letras como balas del texto los ojos cándidos del lector”.

Walter Alonso López Ardila -WALA- estudió Ingeniería de Sistemas e hizo una maestría virtual en Tecnología Educativa y Competencias Digitales. “Desde muy niño me ha gustado leer, no solo libros, sino también todo lo que percibo en mi entorno. La escritura me encanta”.

La camisa amarilla

Diana María González G.

Con meticuloso empeño, Reina limpiaba el polvo y se deshacía de las malezas de la tumba, cuando observó que su exsuegra venía cuesta arriba. Al ver el ímpetu con el que subía, presintió una nueva batalla. Hacía más o menos seis meses que no se encontraban cara a cara.

Una vez doña Rutila llegó, le ofreció las flores que había llevado. Ella las tomó y las colocó en el sepulcro del lado –el de Braulio–, y se ocupó de ordenarlo un poco. Apenas terminó –igual que en sus otras visitas mensuales–, no se dirigió al difunto, no oró por su eterno descanso, ni suspiró por su ausencia. Aquello de velar su aspecto era un simple acto, movido por la costumbre.

–Sabe, hacía días que quería buscarla –se animó a hablar doña Rutila.

–¿Para qué?

–Para pedirle perdón.

–No creo que haya algo de lo que se deba disculpar.

–Déjeme hablar antes de que me arrepienta: imagino que Braulio debió contarle que usted no me gustaba para mujer de él.

–Usted estaba en su derecho –replicó Reina.

–Eso es muy cierto. Pero después de tres años de muerto, y al ser testigo de la soledad, del luto, y de la devoción que usted le guarda a su recuerdo, reconozco que yo es-

taba equivocada. Ahora creo que el rechazo que sentí cuando él me la presentó tuvo que ver con un presentimiento. Es que siempre pensé que aquella obsesión por usted sería su perdición. Además, fíjese, yo tenía entendido que usted no lo amaba. Así lo aseguraba él. Con el dorso de la mano, la anciana retuvo una lágrima que empezaba a correr por su rostro, y con quebrada voz, continuó:

–Mire, Reina, para que mi muchacho descanse en paz, he decidido liberarla de todo el rencor que llevo en el alma. Pero me gustaría que me contara cómo fue que sucedió eso.

–Doña Rutila, ¡otra vez dándole vueltas a ese asunto!

–¡Sí, otra vez! Lo que pasa es que hay algo en su muerte que todavía no me cuadra. Es que mi Braulio era tan joven, guapo y ¡morir de esa forma!

–¡Ay!, dicen que la única condición para morir es estar vivo. ¿No cree que simplemente era su hora?

–Sí, pero...

–Créame que entiendo su rabia. –Reina hizo acopio de paciencia con aquella figura encorvada. Doña Rutila estaba en la posición que ella ya le reconocía, la de ocultar las lágrimas–. Y no olvido ni por un minuto que esa tragedia fue culpa mía, pero a cada quien lo suyo. Y usted tiene que reconocer que con lo gallito de pelea que él era, eso iba ocurrirle tarde o temprano. Ese día le llegó la horma para sus zapatos.



duo #6
en alambre, papel, cartón,
de alimentos, cepillos de
dientes, bolsas larga vida,
entre otros.

–A lo mejor usted tiene razón, pero, cuénteme, le juro que no la molestaré nunca más.

Después de un largo suspiro, Reina, se decidió a hablar:

–Como ya lo he contado cientos de veces, esa noche estábamos en “El viejo farol”, Blanca, su novio (Medardo), Braulio y yo. Fui con Blanca al baño y tardamos mucho en salir, pues la aldaba de la puerta se había atrancado. Llevábamos casi media hora encerradas y estábamos muy enojadas con ellos porque ninguno de los dos había ido a buscarnos. Finalmente fuimos liberadas, pero por un mesero, quien se dio cuenta de nuestros gritos y golpes en la puerta.

Apenas salimos fuimos en busca de los muchachos y fue cuando los vimos muy alebrestados, charlando con unas mujeres que no eran del pueblo, lo que explicaba que no hubieran extrañado nuestra ausencia. Decidimos irnos del lugar, pero en ese momento unos borrachos nos salieron al paso, nos agarraron, y empezamos a luchar por desprendernos. En cuanto nos zafamos, salimos corriendo.

Estaríamos a unas tres o cuatro cuadras quizás, cuando vimos a Braulio y a Medardo que venían a toda prisa. Apuramos el paso, pero, igual, ellos llegaron hasta nosotras. Empecé a pelear con Braulio y le dije que no me volviera a buscar en toda su vida. Recuerdo que se enredó tanto en la explicación, que lo que hizo fue hundirse más ante mis ojos. De todos modos, juró y perjuró que con esa mujer no había pasado nada.

–¡Ni siquiera es por eso! –le respondí–. Lo que pasa es que a mí no me sirve un hombre que se las da del más macho en el pueblo, y delante de sus narices me manosean. Me

obligó a aclararle eso. Yo no quería, pero el insistió. Para que me dejara en paz, le hablé del hombre de camisa amarilla que se había sobrepasado conmigo. La verdad, doña Rutila, como ya se lo he repetido, yo no recordaba mucho al tipo, solo su camisa amarilla.

Braulio y Medardo cruzaron unas palabras. Y de repente empezaron a devolverse hacia la cantina. Nosotras intentamos detenerlos, pero ya sabe cómo era su hijo de terco. Por eso no me quedó más que rogar que aquel hombre se hubiera marchado, pero, por desgracia estaba, y ¡armado! Apenas Braulio le mandó un puño, él sacó su revólver y le soltó tres tiros. Después se armó aquella balacera.

–Y... ¿cómo fue que Blanca y usted dejaron de ser amigas?

–¡Ah, eso sí pregúnteselo a ella!

Doña Rutila clavó sus ojos en los de su exnueva, pues nada le quitaba de la cabeza que ese cuento estaba a medias. Volvió a la carga con nuevas preguntas, pero en ese instante un viento helado arreció, penetrándole más allá de los huesos. Estremecida, pensó, que su hijo desde el frío de la muerte, se hacía presente, seguía protegiendo a su amada Reina y, otra vez, impediría que ella llegara a la verdad. Resignada, frotó sus brazos, tratando de sacudir la escalofriante sensación; luego levantó la vista al cielo, y se quedó contemplando unos nubarrones un rato.

–Se va a largar un chaparrón –dijo. Después susurró una oración a toda prisa, suspiró ante las flores, y se marchó sin despedirse. Reina se sintió aliviada mientras la vio alejarse. Sin embargo, se quedó con la mirada perdida en aquel sábado fatal...

Esa noche, ella vio a Braulio tan entretenido con aquella mujer que, para su alivio, ese sería el pretexto perfecto para terminar su relación con él. Por eso convenció a Blanca para que se marcharan de allí, a pesar de que ella quería ir a reclamarle a Medardo.

Al cabo de un rato, cuando fueron alcanzadas por ellos, ella le gritó a Braulio:

–¡No quiero ser más su novia!

–¡Te juro que con esa mujer no sucedió nada!

–¡Mujer! ¿Cuál mujer? –le preguntó riéndose. No te dejo por eso. Lo hago porque jamás olvidaré que, en tus narices, un tipo borracho me manoseó. Le dio la respuesta que durante el trayecto había planeado.

–¿De qué me estás hablando? ¿Cuál tipo?

–Eso ya no importa. Él ni siquiera es del pueblo y seguro ya se marchó.

–Sí, pero ¿cómo era? o al menos dime qué ropa tenía –insistió él.

Ella, dudosa calló un rato, pero al final se decidió a hablar...

–Solo recuerdo su camisa amarilla –no vio inconveniente en decirle aquella mentira. Igual, estaba convencida de que en “El viejo farol” no había nadie vestido así. Se despidió de él y entró a su casa, dejándolo solo y pensativo. No habían pasado cinco minutos cuando golpearon a la puerta, fuertemente. Pensó que era él de nuevo, pero no; era Blanca que la recriminaba por lo que le dijo a Braulio, y la obligaba para que fuera con ella, lo aclarara todo, y los hiciera desistir –también a Medardo–, de volver a la cantina.

Aunque desgana, fue hasta ellos, y trató de convencerlos de no ir.

–No subo si sigue siendo mi novia –le dijo Braulio. Pero ella negó con la cabeza. Pensó que no era necesario ceder a su chantaje si, después de todo, el sujeto de camisa amarilla era una invención suya.

Braulio y Medardo, seguidos de ellas, llegaron a la cantina. Y por esos azares del destino, un hombre de camisa amarilla, grandes cadenas de oro, sombrero llamativo y botas tejanas estaba allí. Apenas Reina lo vio, corrió hacia Braulio, pero fue demasiado tarde pues él, sin mediar palabra, le mandó a aquel hombre un puño, haciéndolo caer. Este, de una, se irguió y sacó de la pretina un revólver y le disparó a Braulio.

Tres campanazos que repicaron la trajeron al momento presente. Aun así, su sonido se fundió con el de los disparos, pues la imagen de esa noche trágica persistió en su mente. En ese instante, como ayer, como siempre... sintió removerse algo dentro de su ser. Recordó que aquel día perdió a Medardo, al único hombre que había amado en su vida. Volvió la vista a la tumba de él y el panorama se le hizo entrañablemente triste. De pronto cayeron unas goteras sobre su rostro. Tomó uno de los lirios de la tumba de Braulio, lo llevó a los labios, cerró los ojos y dejó que sus lágrimas se mezclaran con la lluvia.

Diana María González G. Estudió Secretariado Ejecutivo en Administración de Sistemas en la Corporación Universitaria Remington. Publicó en 2021 su novela *Como el destello fugaz de una bengala*.

Exilio

Mauricio Gómez Acevedo



22

Los grillos dejaron de hacer ruido. Marina abrió los ojos. Su esposo aún no llegaba. Miró el reloj de radio que tenía en la mesa de noche, era la 1:35 de la madrugada. Sin encender la luz, se levantó y se acercó sigilosamente a la cama de su hijo. Marina tenía veintiocho años, estaba casada con Gonzalo, con quien tenía dos hijos: Martín de siete años y Juliana, de tan solo dos. Antes de despertar a su hijo, Marina intentó escuchar en medio del silencio. De repente, a lo lejos, se oyeron unos gritos y después, los disparos.

Con los latidos de su corazón en aumento y tratando, sin éxito alguno, de apartar el miedo de su mente, Marina despertó a

Martín. Le susurró que se pusiera una chaqueta mientras ella buscaba a su hermana. El niño, aun sintiendo la resistencia de los párpados sobre sus ojos, hizo caso. Llevaban varias semanas preparándose para esa noche. Marina se acercó a la cuna y se dio cuenta de que, aunque Juliana estaba despierta, no lloraba, no emitía ningún sonido, como si esperara que su mamá la levantara, como si entendiera, más que ellos mismos, lo que estaba pasando.

Los tres se acercaron a la cocina. Marina escuchó cómo los perros de la finca empezaban a ladrar. Ella agarró el machete mientras Martín cargaba a su hermanita. Quería llorar, quería derrumbarse, pero no podía.

Abrió sigilosamente la puerta trasera y después de comprobar que no había nadie, salió con sus hijos. Cuando llegaron al palo de mangos se agacharon. Ya habían llegado a la propiedad y tocaban la puerta principal con intención de tumbarla. Marina agarró a la niña y le entregó el machete a Martín, le dijo que corriera monte abajo hasta llegar a la carretera, que nunca mirara hacia atrás, que ella lo seguiría.

En ese momento sintieron un estrépito detrás de ellos. Habían echado la puerta abajo e ingresado, arrasando con todo a su paso. Marina y Martín comenzaron a correr. Las ramas y piedras en la trocha cortaban sus pies desnudos, pero ninguno de los dos se quejaba ni lloraba. Escuchaban a lo lejos explosiones, gritos, caos, terror. Llegaron al río y lo pasaron como pudieron, con el agua alcanzando la cintura de ella y los hombros de él. Cuando ya estaban del otro lado se dieron cuenta de que los perseguían. Se escondieron entre la maleza del monte, Martín cargó a Juliana mientras su madre sostenía el machete. No era el momento de rendirse, era lo que se repetía en su mente una y otra vez mientras todo su cuerpo temblaba, daba igual si por el frío o por el miedo.

Los tres vieron luces de linternas acercándose. Martín, escondido entre las ramas, se aferraba a su pequeña hermana. Le fue inevitable cerrar los ojos, por el miedo, por el horror que le calaba los huesos. Juliana, en los brazos de su hermano, levantó la mirada al cielo y unas primeras gotas de agua cayeron sobre su rostro. Las gotas se convirtieron en lluvia y la lluvia dio paso a una tormenta, una como hace meses no tenían en el pueblo. Las luces de las linternas comenzaron a alejarse. Marina le pidió a Martín que siguieran caminando

hacia el monte, por el camino más largo, el más difícil, el más inseguro, pero el menos desesperanzador.

Llegaron a la carretera recién pasadas las cuatro de la mañana, empapados, temblando, solo con un machete de equipaje. Se ocultaron entre unas ramas esperando que llegara la luz del día, pero primero asomaron las luces de un bus. Marina agarró a sus hijos y se paró en la mitad del camino. El bus frenó en seco. La mujer y los dos niños miraron al conductor mientras abría la puerta.

–¿Para dónde van? –les preguntó el hombre.

–Para muy lejos –respondió ella.

Con un movimiento de su cabeza les indicó que subieran. En el interior sólo se encontraban cinco personas más, todas con la misma expresión de miedo en sus rostros. Marina se sentó en la última banca abrazada a sus dos hijos, mientras una mujer les ponía una cobija encima. Por primera vez, ese día, la pequeña Juliana cerró los ojos. Cuatro horas más tarde llegaron a Medellín, Marina y sus hijos, con tan solo un machete de equipaje, y todos los pasajeros del bus cargando a cuestas la incertidumbre y el horror de quienes han sido condenados al exilio.

Mauricio Gómez Acevedo es Comunicador Audiovisual y Multimedial de la Universidad de Antioquia. En 2022 fue finalista del XV Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín con la novela, *Salto al vacío*. “Me gusta leer, ver y escribir historias. Me apasionan el cine, los relatos audiovisuales y la literatura”.

Lacerado

Sandra Milena Marulanda Bohórquez



24

Mi cuerpo ha sido lacerado bajo el peso de su dedo pulgar, desde mi frente hasta mi pecho. Sus dedos y sus ojos de sapo hambriento sólo pudieron sumergirme en el deseo de arrojarme a la carretera. Vi a las mujeres en frente de la casa, las vi a través del vidrio eclipsado y el espacio sofocante de esa cabina en la que estábamos. Vi que quizás podían verme y quería que alguna me viera, quería quedarme con ellas. ¿Sabes? A veces el azar es una ruleta terca, en la que los destinos posibles se barajan sin parar y mueren. Estuve a punto de saltar. Le dije que iba a Bajina Basta, un pequeño pueblo en Serbia, lo único que podía entenderme era el nombre de esa ciudad, no podía traducir nada de lo que le dijera, en inglés, francés, o en ningún idioma. Aunque lo intentara, mis gestos parecían confundirlo más. Tantas veces pensé en arrojarme. Él se detuvo un instante, paró frente a un rancho de madera, recogió algo. Pensé en abrir la puerta y correr, pero él volvió a tomar el volante. El carro avanzaba en el pasto, no había rastro de carreteras claramente definidas. Luego me ofreció un trago, yo le dije que no, me rehusé categóricamente, con todos los gestos posibles en cualquier ne-

gación humana. No veía la hora de llegar a mi casa, que en realidad era ese hotel, en Bajina Basta. “Bajina Basta”, “Bajina Basta”, era lo único que exhalaba mi boca en un suspiro de desesperanza. Y entonces, pude reconocer la calle que recorría cada mañana, esa semana, para ir al mercado, pude saber que habíamos llegado, que esas eran las carpas con los regalos, los recuerdos de los turistas del pasado, que habían venido aquí tantas veces. Y por supuesto, me arrojé. El carro difícilmente se detuvo, antes de tomar el otro rumbo en el inicio de la ye. Tuve que asegurarme de estar caminando en ese andén bendito, que casi pudiera decirse que abracé.

Sandra Milena Marulanda Bohórquez. Antropóloga de la Universidad de Antioquia y magíster en Procesos de Enseñanza y Aprendizaje de Segundas Lenguas de la Universidad Pontificia Bolivariana, es docente de español como lengua extranjera e inglés y ha trabajado como traductora. Es apasionada de la literatura, la educación, los idiomas y las ciencias sociales.

Sucesos alrededor de mi muerte

Paula Andrea Lopera Mesa

Yo estaba enterrando a mi madre en un sueño. Cálidamente la arrojé con su viejo chal preferido, maquillé sus uñas, peiné su cabello negro, besé su rostro extrañamente joven, casi aniñado. Todo lo hice estando ella dentro del ataúd abierto, en el piso del cementerio, con el hueco frío en la pared esperando ser bloqueado. A lo lejos escuché un ruido de vajilla rota, adiviné un conjunto grande de platos, vasos, tazas, todo al tiempo se rompió. Me asusté por un momento; con el sobresalto noté mis manos y vi que eran las de ella, pecosas y arrugadas, con el anillo dorado resplandeciendo en el anular, las uñas cortas y de color rosado nacarado, vi las de ella y eran las mías, flacas y lisas, con las uñas recién pintadas de color rojo como me gustan a mí, asustada me llevé las viejas manos a mi cabeza y noté su pelo corto, las orejas grandes con sus perforaciones rasgadas, en mi cara toqué la cara triste de mamá, entonces lloré, lloré por la mamá que era, la que con cuidado arropaba a quien lucía como su hija, y lloré por la hija viva, que enterraba un cuerpo que lucía como el de ella, fui doblemente madre, fui doblemente madre, yo, que nunca lo seré.

Mamá me trajo el chocolate como todas las mañanas, lo recibí de sus manos adornadas con uñas nacaradas, llevaba su cabello corto, sus orejas con temor sostenían unos diminutos aretes que casi se columpiaban. Mamá repetía actos que se volvían costumbres, los tejía con gran cuidado, en silencio los pulía, siempre impecables, brillosos, con ellos adornaba la casa y mi corazón. Me puso la taza en las manos y dio la espalda

haciendo un leve movimiento a su chal café. Las manos se me juntaron sin agarrar la taza, atravesaron el líquido, se atravesaron entre ellas, la taza suspendida en el aire expedía el humo acanelado del chocolate caliente, entonces alcé mi voz, para llamarla, para mostrarle lo que pasaba, pero la voz no me salió del cuello, un graznido escuché a lo lejos, un grito animal a la par con mis intentos de hacerme notar, como si mi deseo de gritar le diera la orden para expulsarse en otro sitio. Se me difuminó mamá a lo lejos, entró a un terreno neblinoso, me dejó ahí, sola con una taza flotando en frente. Bajé los ojos para buscarme el cuerpo y vi pedazos de él que se confundían entre las sábanas y la cama, como pequeñas figuras transparentes que se disgregaban y se unían para formarme y deformarme. Aún estoy dormida; si espero con paciencia pronto despertaré, pensé. Sentí transcurrir el tiempo, pero no pasaba nada, la misma taza humeante, mi mismo cuerpo escurridizo, el mismo espacio nublado por el que se fue mamá. Intenté gritar otra vez, pero la voz seguía atascada, de nuevo oí el graznido a lo lejos: era el canto desesperado de una urraca que respondía a mi esfuerzo por expulsar palabra, el canto chillón que me embotaba la cabeza ahora se me presentaba como la única esperanza de despertar. Entonces me obligué a gritar más fuerte y el sonido se agudizó, más escandaloso, más chillón, un pitazo largo hizo vibrar la habitación hasta que explotó la taza, estruendosamente, como si todas las tazas de la casa estuvieran contenidas en ella, como si todas las vajillas de muchas casas estuvieran reunidas en ella.

Mamá me despertó para almorzar, me sobé la mejilla que me había tallado la grama húmeda de nuestro jardín. “Mira, es una urraca, llevaba días intentando cazarla hasta que por fin”, dijo mamá. Sus pequeños ojos le brillaron, sus ojos pardos que tan lindo juego le hacían con su chal, con su sonrisa modesta, con sus acciones diminutas que dotaban a la casa de una gran significación. Llevaba el animal en una mano, con la otra le daba de comer un puñado de lombrices.

Una hermosa vajilla decoraba la mesa, un plato grande para cada alimento, una torta de duraznos en el centro, mantel nuevo, parecía un festín. Comimos sin hablar, la urraca sobre la mesa escarbaba insectos de una montaña de tierra, picoteaba y me miraba, tragaba y me miraba, cuando terminó de comer, me miró fijamente hasta intimidarme; sentí que con su mirada fija y su pecho erguido estaba reclamando mi lugar. Mamá no me miraba, sus ojos se posaban en ella, como admirando su negro plumaje, maravillada por sus formas. Llevé los platos a la cocina. Mientras los lavaba el ave se me posó en un hombro, la ignoré, pero sentía que me miraba, quemándome la mejilla, como queriendo hurgar en mi cabeza. Sequé cada pieza y las puse en la estantería, di media vuelta bruscamente, buscando que el ave se fuera. Ante mi movimiento la urraca voló, a su aleteo ruidoso lo acompañó un canto chillón, aturdidor, graznidos desesperados llenaron el lugar, me tapaba los oídos, gritaba más, era un ruido muy superior a su tamaño, como si el impulso le llegara de otro lugar. Entonces recordé mi cuerpo deforme tendido en mi cama, el cuerpo que obligaba al ave a gemir para poder despertar. Quise callarla, traté de golpearla, chillaba más, sus ojos le brotaban dentro de pequeñas cuencas rojas, aleteaba en un solo lugar y gritaba. Mi cabeza



no soportaba el ruido, desesperada abrí la estantería, abracé la vajilla como pude y se la tiré, estruendosa se rompió. Recordé el sonido lejano de una vajilla rota mientras enterraba a mamá y grité, grité fuerte, mi grito y el del ave se hicieron un solo pitido prolongado.

Vi caer mi cuerpo, entre aleteos, graznidos y vidrios rotos. Mi cuerpo débil, de cabellos tan largos, piel blanca y apariencia infantil, luego vi que mi madre me envolvía cálidamente entre su chal preferido, arrodillada me peinaba y me pintaba las uñas de rojo intenso, allí estaba yo, dentro de un ataúd abierto y con mi madre llorando, tocando su rostro desesperada, tratando de adivinar las facciones de su cara.

Paula Andrea Lopera Mesa es licenciada en Filosofía y Especialista en Psicología de las Organizaciones. “Más que una escritora, se considera con una vocación de lectora y exploradora literaria, con un énfasis especial en las narrativas de estilo cuentístico donde se funden realidad y fantasía”.

PROGRAMACIÓN

DICIEMBRE / 2023

Visitas guiadas

Recorridos guiados con el programa guía cultural por la Universidad de Antioquia

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3rJW4H5>

Recorridos guiados por el Museo Universitario

Universidad de Antioquia

Tipos de mediación que encuentras en el MUUA:

Antropología, Ciencias Naturales, Arte, Historia, Mediación general

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3ywRcZA>

Lunes 4

2:00 p. m. Día de la discapacidad: Hablemos de capacitismo

Vista temática

Lugar: Bloque 16/ presencial

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Exposiciones

Colección de Antropología “Graciliano Arcila Vélez”

Sala de larga duración de la colección de Antropología

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia

(MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3W0A7Bt>

Colección de Ciencias Naturales “Francisco Antonio Uribe Mejía”

Sala de larga duración de la colección de Ciencias Naturales

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia

(MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3SEMtfD>

Hasta el 15 de diciembre de 2023

Yanchama, la magia de la corteza pintada

Exposición temporal

Lugar: MUUA – bloque 15

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://acortar.link/eS8iJw>

Hasta el 18 de mayo de 2024

Cuando la muerte empezó a caminar por aquí.

Exposición antológica de Juan Manuel Echavarría

Exposición temporal

Lugar: MUUA – bloque 15

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3ryOyIL>

T R E C E: Lecciones de Vuelo en Tierra. Una exposición de “arte en proceso” de Ana María Velásquez

Exposición Temporal

Lugar: MUUA – bloque 15

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3s3ekir>



Música

Miércoles 6

6:00 p. m. **Resonancias Afrodiaspóricas en Medellín**

Música y Contexto

Lugar: Sala Música Parque Explora

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Otras Alternativas



muuA **UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA**

Títeres en escena. Obra:
Amá, ¿dónde están los buñuelos?

Diciembre 02 2023 | Sábado 11:30 a.m. | Lugar: MUUA 15-301 | Actividad gratuita

Gracias por compartir tus sábados con nosotros durante este año. Nos vemos en el 2024!



muuA **UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA**

Museología para niños. Taller:
Los sentidos: olores, colores y sabores

Diciembre 02 2023 | Sábado 10:00 a.m. | Lugar: MUUA Planta baja | Inversión: \$6.000

Gracias por compartir tus sábados con nosotros durante este año. Nos vemos en el 2024!

Lunes 4 a jueves 7

9:00 a. m. a 12:00 m. **Vacaciones creativas para niños MUUA**

Oferta de extensión

Lugar: MUUA-Lab

Invita: División de Cultura y Patrimonio

- Dirigido a niños y niñas entre los 7 y 10 años

- Inversión

\$185.000 - Comunidad externa

\$166.500 - Comunidad universitaria (hijos de docentes, empleados, estudiantes y egresados)

La tarifa incluye materiales, no se incluye alimentación

Miércoles 6

9:00 a. m. **La Canasta de la U**

Mercado agroecológico

Lugar: Corredor oriental Teatro Universitario.

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad presencial, abierta al público y sin previa inscripción



#LibreríasUdeA

Libros en Fiesta

4 al 7 DICIEMBRE

Bloque 16
Primer piso

Lunes a jueves
9:00 a. m. a 4:00 p. m.

Lee * sueña * crea



TRECE

Lecciones de vuelo en tierra

Una exposición de "arte en proceso" de
Ana María Velásquez

Hasta
Abril
13
2024

Sala de
larga duración
de la colección
de ciencias



- 
- 1 Editorial
La verdad de todos
Luis Fernando Macías
 - 3 TRECE / Lecciones de vuelo en tierra:
una exposición de "arte en proceso" de
Ana María Velásquez
Oscar Roldán-Alzate
 - 5 Insólita realidad
Diana Patricia Díaz Hernández
 - 7 La despachadora
Cruzana Echeverri
 - 12 El visitante
Santiago Peluffo Soneyra
 - 17 Letras asesinas
Walter Alonso López Ardila -WALA-
 - 18 La camisa amarilla
Diana María González G.
 - 22 Exilio
Matthíeo Gómez Acevedo
 - 24 Lacerado
Sandra Milena Marulanda Bohórquez
 - 25 Sucesos alrededor de mi muerte
Paula Andrea Lopera Mesa
 - 27 Programación cultural